

Adiós, Toby

Adiós, Toby
*Cuando muere
tu mascota*
Gary Kowalski

Traducción de Esteban Rey



Plataforma Editorial
Barcelona

Título original: *Goodbye, friend.*

Healing Wisdom for Anyone Who Has Ever Lost a Pet

First published in The United States of America by New World Library

Primera edición en esta colección: septiembre de 2008

© Gary A. Kowalski, 1997

© de la traducción: Esteban Rey, 2008

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2008

Plataforma Editorial

Plaça Francesc Macià 8-9 - 08029 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 - Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

Depósito legal: B. 37.479-2008

ISBN: 978-84-96981-23-2

Printed in Spain - Impreso en España

Diseño de cubierta:

Rubén Verdú y **peeping monster**

www.peepingmonster.com/theM

Impresión:

Romanyà-Valls; Verdaguer, 1 - Capellades (Barcelona)

www.romanyavalls.com

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

■ Índice ■

Agradecimientos	9
<i>Capítulo 1. Las mascotas</i>	
no son intrascendentes	15
<i>Capítulo 2. Consuelos de cuatro patas</i>	27
<i>Capítulo 3. Para todo hay una época</i>	39
<i>Capítulo 4. La amabilidad empieza por casa ..</i>	51
<i>Capítulo 5. Cuando cosas malas les ocurren</i>	
a criaturas buenas	65
<i>Capítulo 6. Una buena muerte</i>	75
<i>Capítulo 7. Bendice a las bestias</i>	
y a los niños	87
<i>Capítulo 8. Habla a la Tierra</i>	101
<i>Capítulo 9. Descansa en paz</i>	109
<i>Capítulo 10. Palabras sanadoras</i>	121
<i>Capítulo 11. La pregunta eterna</i>	131

<i>Capítulo 12. El continuum de la vida</i>	141
<i>Capítulo 13. Hoy y mañana</i>	149
<i>Capítulo 14. Un regalo final</i>	157
El ritual de despedida de una familia	161
Bibliografía	165

*Algunos nos han dejado
y otros están a punto de irse,
entonces ¿por qué debería entristecernos
marcharnos también?
Y aún nuestros corazones están tristes
porque en este poderoso camino
los amigos que hemos encontrado no puedan hallar
lugar alguno donde encontrarnos de nuevo.*

Del Sánscrito,
traducido al inglés por DANIEL INGALLS

Capítulo 1

Las mascotas no son intrascendentes

Todo muere... los peces de colores, las grandes ballenas azules, los amigos y las personas a quienes queremos. Existe una triste nostalgia en la comprensión de que toda vida debe acabar tarde o temprano. Aceptar la muerte y aprender a vivir con alegría a pesar de todo es un difícil desafío. Y eso es así si decimos adiós a una persona que ha estado cerca de nosotros o a un animal que ha formado parte de nuestro círculo familiar. El pesar que sentimos cuando se deshace una relación puede ser intenso.

Este libro es para todo aquel que alguna vez perdió un gato, un perro, o cualquier otro animal de compañía. En inglés, habitualmente, a esas criaturas se les llama *pets*, una palabra directamente rela-

cionada con *petty*, que significa pequeño, insignificante, o subordinado. Durante siglos, los animales han sido considerados inferiores a los humanos. Algunos abogados anglosajones de los derechos de los animales argumentan que se debería eliminar totalmente el uso de la palabra *pet* por esa razón. Pero, por supuesto, la figura de la mascota implica también las ideas de amigo, cercano y querido, y precisamente para las personas que así las consideran está dedicado este libro.

Eso nos incluye a la mayoría. Cuando yo era estudiante de teología, en plena educación para mi eventual labor de sacerdote, uno de mis profesores advirtió a sus pupilos en su clase de homilía de que nunca mencionaran la figura del perro durante un sermón. ¿La razón? Los oyentes inmediatamente empezarían a pensar en todos los tipos curiosos de perros con los que se habían encontrado a lo largo de los años. Todo lo que estaba haciendo el predicador era explicar cómo evitar que la congregación se despistara con recuerdos y ensoñaciones.

Estaba Flush, por ejemplo, un *springer spaniel* bautizado así por el famoso perro de Elizabeth Barret Browning (que fue objeto de una extensa biografía por parte de Virginia Wolff). Mi madre recuerda a Flush durante sus años de infancia en plena Depresión. En aquellos tiempos de penurias, la carne era un bien escaso, y el perro



aprendió en cambio a disfrutar de los vegetales: le hervían mondas de patata y cabezas de zanahorias, junto con los melocotones caídos del árbol. Su oído era tan fino que podía oír el ruido del golpe de un melocotón maduro cuando caía por la noche. Comió tanta fruta madura y pasada que su dentadura acabó por resentirse mucho, y mi madre recuerda vivamente los gemidos de la pobre criatura cuando se tragaba partes de las encías junto a tanto dulce. Finalmente, algún bruto lo envenenó. Pero para mi madre (que ahora no tiene mascotas, ni le gustan los perros en general) el recuerdo de Flush permanece fresco después de más de sesenta años.

La mayoría de nosotros hemos conocido a algún perro como ese, o cualquier otro tipo de animal cuyo encanto ha calado hondo en nuestro corazón. Las lágrimas que derramamos cuando esas criaturas mueren son auténticas, porque nuestras mascotas ocupan una parte importante de nuestras vidas. Su amabilidad, confianza y presencia se convierten en una parte valiosa de nuestra rutina diaria. Ellos comparten nuestras horas de comer y nos alivian como compañeros de juegos. Nos acompañan en las excursiones y aventuras, y en los momentos de tranquila introspección. Sentimos el calor de su afecto y la profundidad de su lealtad, formando vínculos emocionales que pueden ser



tan fuertes y enriquecedores como ninguno otro en la vida. Cuando esos lazos se rompen, podemos experimentar sentimientos de vacío y de pérdida. Podemos sentirnos depresivos, aturdidos, perdidos, o enfadados.

Para algunas personas, la muerte de una mascota puede representar la mayor pérdida que haya experimentado jamás. No hace mucho tiempo, un profesor universitario me escribió contándome detalles acerca de una investigación informal que dirigía en la universidad en la que enseñaba desde hacía muchos años en West Virginia. Tenía la costumbre de empezar sus clases de introducción a la psicología pidiéndoles a los estudiantes que apuntaran recuerdos de los momentos en que se habían sentido muy felices o muy tristes.

Descubrió que, entre las mujeres, los episodios más tristes normalmente concernían a la muerte de un abuelo o de otro pariente cercano. Para los hombres jóvenes, curiosamente, los recuerdos más tristes habitualmente estaban relacionados con la muerte de un perro. Dice que él nunca ha sido capaz de poner totalmente a prueba las respuestas, tanto como para dar una explicación acerca de la diferencia de género. Lo llamativo era que cuando se les pedía que recordaran el pesar personal más profundo, todos esos jóvenes adultos evocaran la muerte de una mascota.

Reconocer la pérdida y los sentimientos que van con ella son una parte esencial de la curación. Las expresiones de dolor son la forma en la que atravesamos el dolor, hacia la aceptación y la resolución. Necesitamos la oportunidad de llorar, gritar o amenazar con los puños en alto si nos sentimos así; todas éstas son formas saludables de catarsis y de alivio emocional. Duele y necesitamos decirlo.

Incluso más, necesitamos que otros afirmen nuestros sentimientos. Por supuesto, nadie más puede solucionar lo que está mal. No hay palabras mágicas que nadie pueda pronunciar para que llenen el vacío que queda cuando un buen amigo se va. Las mascotas serían muy poco importantes si su pérdida pudiera superarse tan fácilmente. Pero mientras nadie más puede evitarnos el dolor, el cuidado y la consideración de los demás nos asegura que no es necesario que nos lamentemos solos. Saber que otros han luchado contra pérdidas similares hace que nuestro propio dolor sea más fácil de soportar.

Aun así, puede que nos sintamos un poco avergonzados de compartir una parte tan vulnerable de nosotros mismos. Pueden aparecer reticencias; dudas interiores. ¿No pensarán los demás que es ridículo que alguien pueda estar tan angustiado por un simple animal? Algunos pueden considerarlo risible. El humorista Garrison Keillor, por ejemplo,

una vez escribió un *sketch* sobre el jurado de un concurso de poesía que tenía que leer toneladas de versos malos, incluidas algunas elegías, realmente amateur, sobre bichos difuntos. Pero incluso el señor Keillor pareció entender que perder una mascota puede ser desgarrador y que no hay nada particularmente gracioso en ello. Como prueba de ello, ha escrito su propio poema, «En memoria de nuestro gato, Ralph».

Cuando llegamos a casa, estaba casi oscuro.
Nuestro vecino esperaba en la acera.
«Lo siento, tengo malas noticias», dijo.
«Vuestro gato, el gris y negro, está muerto.
Lo encontré junto al garaje hace una hora».
«Gracias», dije, «por hacérselo saber».

Cavamos un pozo en el jardín,
Los arbustos de lilas resplandecían,
Donde este amado gato yacería en primavera
Y rodaría en el polvo y comería hierba,
Deliciosos brotes tempranos de primavera,
Y lo recostamos y lo cubrimos,
Envuelto en un trozo de mantel,
Nuestro buen gato viejo yacía en la tierra.

Rápidamente nos volvimos y entramos
A la casa vacía y nos sentamos y lloramos

Suavemente en la oscuridad, algunas lágrimas
Por esa voz familiar, ese pelaje,
Ese peso suave que faltaba en nuestro regazo,
Que habíamos amado quizá demasiado
Y nos lamentamos por la debilidad del corazón:
Una debilidad infantil, por considerar
Un animal cuya vida es breve
Con tanto afecto y tanto dolor.

«Si esto es tonto», escribe Keillor en su estrofa final, «entonces lo es». Pero no es tonto ni infantil; es simplemente humano. Nuestra sensación de pérdida merece ser respetada, no menospreciada.

Afortunadamente, más y más consejeros, sacerdotes y terapeutas están comenzando a darse cuenta de esto. Algunas sociedades humanitarias ofrecen actualmente grupos de duelo para aquellos que han perdido a un animal de compañía. Para aquellos que necesiten un oído dispuesto, la escuela de veterinaria de la University of California en Davis ofrece una línea telefónica directa, un servicio que al personal le gustaría ver reproducido en otras partes del país. Puedes unirte a grupos de duelo en Internet. Algunas empresas que fabrican artículos de papelería tienen incluso tarjetas de condolencia especiales para la ocasión.

Pero aun así, se necesita más. En el último recuento, había sesenta y cuatro millones de gatos

domésticos en Estados Unidos y cincuenta y cinco millones de perros, con una variedad incalculable de jerbos, conejos, loros y otras mascotas. Cada año, miles de personas sufren por dentro porque están desconsoladas y sin apoyo cuando su animal muere. Para aquellos que quieren una conexión sanadora, este libro es un punto más de contacto.

¿Puede un libro ayudar? En *Winnie the Pooh*, el autor A. A. Milne describe una situación en la que Pooh, después de comer muchos tarros de miel, se queda atascado en la entrada de la madriguera de su amigo Conejo. Aunque los residentes del Bosque de los Cien Acres tiran y empujan, está encajado con tanta presión que no puede moverse. Con un suspiro y una lágrima, el oso con exceso de peso se da cuenta de que tendrá que permanecer en el agujero, a dieta estricta, hasta que sea lo suficientemente delgado como para salir. Se resigna, con una sola súplica. «¿Me leerías un libro de apoyo —pide con inteligencia a Christopher Robin—, algo que reconfortara a un Oso a Presión en un Gran Aprieto»?

Para todos aquellos que se sienten atascados, en la apatía o el resentimiento o simplemente con los ánimos por los suelos, están dedicadas estas páginas. Quizá te ayuden a salir del pozo en el que sea que te encuentres. Y lo que encierra verdad para los osos, quizá también sea pertinente para los li-